



Presentación del Martirologio Romano

Memoria de san Juan Bosco, presbítero, el cual, después de una niñez áspera, fue ordenado sacerdote y en la ciudad de Turín, en Italia, se dedicó con todas sus fuerzas a la formación de adolescentes. Fundó la Sociedad Salesiana y, con la ayuda de santa María Dominica Mazzarello, el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora, para enseñar oficios a la juventud e instruirles en la vida cristiana. Lleno de virtudes y méritos, voló al cielo en este día en la ciudad de Turín, en Italia (1888).

Una muestra de su carisma de educador

Si de verdad buscamos la auténtica felicidad de nuestros alumnos y queremos inducirlos al cumplimiento de sus obligaciones, conviene, ante todo, que nunca olvidéis que hacéis las veces de padres de nuestros amados jóvenes, por quienes trabajé siempre con amor, por quienes estudié y ejercí el ministerio sacerdotal, y no sólo yo, sino toda la Congregación salesiana. ¡Cuántas veces, hijos míos, durante mi vida, ya bastante prolongada, he tenido ocasión de convencerme de esta gran verdad! Es más fácil enojarse que aguantar; amenazar al niño que persuadirlo; añadiré incluso que, para nuestra impaciencia y soberbia, resulta más cómodo castigar a los rebeldes que corregirlos, soportándolos con firmeza y suavidad a la vez.

Os recomiendo que imitéis la caridad que usaba Pablo con los neófitos, caridad que con frecuencia lo llevaba a derramar lágrimas y a suplicar, cuando los encontraba poco dóciles y rebeldes a su amor. Guardaos de que nadie pueda pensar que os dejáis llevar por los arranques de vuestro espíritu. Es difícil, al castigar, conservar la debida moderación, la cual es necesaria para que en nadie pueda surgir la duda de que obramos sólo para hacer prevalecer nuestra autoridad o para desahogar nuestro mal humor

(Epistolario, Turín 1959, 4, 201-203)

Aproximación a su personalidad, según P. Stella

Desde su infancia, gracias también a la educación materna, don Bosco tuvo vivo el sentido del Dios personal y el problema de la salvación del alma. Como lema sacerdotal tomó, en sentido alegórico, la frase bíblica: «Da mihi animas, caetera tolle» (Gén 14,21), es decir, como explicará el joven Domingo Savio: «Oh Señor, dame almas y quédate con todo lo demás». Cuando habla de salvación de la juventud, en el sentido estricto del término, no solamente quiere decir la incorporación a la sociedad como honestos ciudadanos, sino más concretamente procurando la liberación del pecado, la perseverancia en el bien, el estado de gracia y de justicia interior. Para él, se convierte en un compromiso personal ineludible corresponder al designio de Dios que lo «llama» y lo quiere comprometido en la salvación de la juventud, especialmente la más pobre y abandonada.

La experiencia diaria con los jóvenes para atraerlos al Oratorio la alterna con una antropología agustiniana tenazmente pesimista pero con importantes elementos de matriz humanista. De san Francisco de Sales, de Lorenzo Scupoli, de la corriente humanista de los jesuitas, de pedagogos de su tiempo, obtiene una visión positiva de la naturaleza juvenil que compensa el pesimismo agustiniano; si por un lado afirma que «un joven dejado a sí mismo fácilmente se inclina al mal», por otro enseña -inspirándose en la *Filotea* de Francisco de Sales y en Scupoli- que la santidad no exige penitencias extraordinarias, largas oraciones y empresas milagrosas, sino el cumplimiento amoroso de los propios deberes. En la *Vida del joven Domingo Savio* (1859) al protagonista, su alumno, hace decir: «La santidad consiste

en estar alegres». Dirigiéndose a los jóvenes hace propio al dicho de Felipe Neri: «Saltad, gritad a placer, mientras no cometáis pecados». En *Alusión biográfica al joven Miguel Magone alumno del Oratorio* (1861), describe a este alumno como un joven alegre, espontáneo y vivaracho.

En consecuencia, elabora el modelo correspondiente de educador. Hombre práctico más que teórico y sistemático, llega a sintetizar los elementos esenciales de su estilo educativo en algún opúsculo de asertos pedagógicos, en el reglamento para las casas salesianas, en varias conferencias, en perfiles de fondo biográfico de vida vivida juvenilmente y en la alegoría narrativa de algunos de sus «sueños».

El sistema educativo del que se constituye maestro, no puede ser «represivo», basado en el temor y en el castigo, precisamente porque está orientado todo a lo que hay de bueno en cualquier joven. Es por tanto un sistema «preventivo», un sistema o método que comporta la atención asidua del educador. Este debe ser un padre amoroso, en quien los jóvenes pueden apoyar toda su confianza. Los pilares del sistema son: la razón, que explica y hace comprender lo que es necesario al educando; la religión, que lleva a la máxima perfección (humana y mística) las cualidades de cada uno; el amor, es decir, cuanto existe en el lenguaje más íntimo de don Bosco sirve para indicar la caridad como virtud teológica o, lo que es lo mismo, el amor hacia Dios que lleva a amar al prójimo como a sí mismo. De ahí la elección de Francisco de Sales -autor del Tratado del amor de Dios, director espiritual y pastor de almas- como patrón y modelo ideal de toda su obra.